

en público con su novia. Al menos hasta que pasen las elecciones del próximo año. Te encantaría ir con ella y su pareja a comprar, a pasear, al cine, a cualquier evento. Pero no es posible, todavía. Hay mucho en juego. Karl ya te ha informado por extenso del peligro para tu reelección. Si se supiese que tu hija es lesbiana, eso afectaría de pleno tu candidatura. Incluso te ha enviado un informe: todavía hay una masa de votantes en diferentes estados, amplia e indecisa, que no acepta un concepto de familia diferente al que fue acostumbrada por tradición.

Es curioso. Karl, cuyas orgías secretas y estrafalarias distan tanto de la moral convencional, se preocupa por la reacción de los votantes más conservadores. Claro, él habrá pasado por mil calvarios, seguro, y por eso te lo advierte con tanto énfasis. ¡Qué cansada estás de ese monstruo llamado «opinión pública», que solo busca chivos expiatorios para sus propias frustraciones! Debes tener mucho cuidado. Tus opositores utilizan cada detalle personal para manipular a los medios. Lo critican todo por sistema, y de un copo de nieve hacen un alud. Lo peor es que desde tu partido también entráis en ese juego sucio. En eso se está convirtiendo la política: en una batalla para influenciar a la temible opinión pública. «La información sigue siendo poder. Sobre todo, cuando es manipulada y repetida». Qué razón tiene Karl. Si él supiera toda la información que dispones sobre su vida privada, gracias a los servicios secretos. Y, aun así, es uno de tus mejores asesores: leal, serio, astuto y fuerte como un bulldócer. No serás tú quien critique sus elecciones personales, ni quien lo acuse hipócritamente. Él también tiene derecho a vivir como...

—¡Felicidades! Lo conseguiste —aparece Karl.

—Lo conseguimos, Karl. Felicidades a todos —comentas.

—Has estado espléndida, de verdad.

—Vamos, Karl, que nos conocemos. No hace falta que me adules.

—No es adulación, es el reconocimiento por un trabajo bien hecho. Pero ¿estás bien? Necesitas un descanso.

—Un descanso, qué más quisiera yo. ¡Vamos! Dentro de diez minutos tenemos que presentar el resultado de las negociaciones a la prensa. Examinemos los informes.

—Está bien. Pero después descansas, ¿me lo prometes?

Le sonrías. Te diriges con él a la sala de reuniones.

—Tiene que salir todo perfecto. No quiero ni un solo fallo en la presentación. No quiero darles alas a esos cuervos para que se ceben con nosotros —le pides a Karl.

—Todo saldrá bien, ya lo sabes. ¿Acaso no somos perfectamente perfectos?

Vuelves a sonreírle. ¿Se habrá enterado de que conoces el noventa por ciento de su vida privada? Analizáis los documentos con cuidado: los datos más importantes, y los detalles a resaltar o a evitar; y hacéis una simulación sobre las preguntas que podrían surgir.

—Llama a Susan. Y avisa también a O'Brian, que esté preparado, por si le necesito —le ordenas.

—Ahora mismo voy.

¿Otro mensaje? ¡Oh! Es de tu marido, para confirmar la gala. ¡Qué pocas ganas tienes de ir! Tras las duras negociaciones con las sombras y sus extrañas peticiones, y con todos esos dirigentes y representantes queriendo imponer sus criterios, lo último que quieres es asistir a una gala benéfica para sonreírle a todo el mundo. Robert te reservó un hueco en la agenda, y tu marido está al corriente. No tienes excusa. Haces de tripas corazón y le confirmas que irás con él. Solo esperas que se comporte, que no haga el fantoche como la última vez, jugando a ser el gran seductor. ¿Qué es lo que intenta? ¿Colmar su ego malherido porque su mujer es la presidenta de Estados Unidos? ¿O simplemente se cansó de ti? Resulta tan humillante. Y eso que lo has sido todo

para él: su esposa complaciente, su amante salvaje, su enemiga acérrima, su madre comprensiva, su amiga protectora, su mejor consejera. Tampoco será por falta de diálogo. Siempre que intentas dialogar con él en profundidad, te dice que te ama y te suelta el «todo está bien», la frase mágica que debería resolverlo todo. Y tú que deseas creerlo, manteniendo la ingenua esperanza de que todo irá bien.

—Aquí tiene la carpeta. Mike ha terminado su intervención. La prensa la está esperando —te informa Robert—. Al final hemos eliminado la opción de preguntas. La prensa no la molestará. ¿Se encuentra bien?

Le agradeces su trabajo. Respiras profundamente. Apartas las cuestiones personales y te preparas para salir a la palestra. Vas a concluir un asunto que todavía no acabas de comprender, y que, por absurdo que parezca, ha mantenido en vilo a la humanidad durante varias semanas interminables. Apareces. Las miradas de medio mundo están puestas en ti. Sonríes. Haces una broma sobre tu propia sombra, y pronuncias tu discurso frente a las cámaras expectantes.

4. QUINTO DÍA DESPUÉS DE LA RESOLUCIÓN DE LA HUELGA: LOS PROBLEMAS NUNCA ACABAN

¿Y ahora te pide disculpas? Después de su conducta en la gala, ahora te pide disculpas. Como si no hubiese podido actuar de otra manera. ¿Y qué se supone que tienes que hacer? ¿Perdonarlo y seguir adelante, como si nada? Estás dolida, mucho, porque ya le advertiste que estabas en una condición delicada. Necesitabas